

**P. DIEGO JARAMILLO
P. CARLOS ALDUNATE**

Carisma de Sabiduría y Ciencia



5

**P. DIEGO JARAMILLO
P. CARLOS ALDUNATE**

**CARISMAS DE
SABIDURIA Y CIENCIA**

EDICIONES PAULINAS

Colección

LUZ

5

Con las debidas licencias

Inscripción N° 60.768

Impresor: Pía Sociedad de San Pablo
Vicuña Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.)
Enero 1985

Impreso en Chile - Printed in Chile

CARISMA DE SABIDURIA

La Sabiduría Eterna

Adorar la Sabiduría de Dios, e implorarlo que nos conceda conocer el misterio del Padre y que nos ilumine para acertar en la vida, es una urgencia para todos los creyentes.

Identificar a Jesucristo con la Sabiduría Divina fue un caminar progresivo en la comprensión de la revelación. Antiguamente los israelitas llamaban “sabiduría” al discernimiento del bien y del mal (1 Rey 3, 9). Luego, para subrayar su importancia, la compararon con la mujer amada, con la madre bondadosa, con la esposa acogedora (Eclo. 14, 22-27; 15, 1-10). Es célebre el texto del libro de los Proverbios 8, 22 y sobre todo los versículos 32 a 36 del mismo capítulo.

“Hijos, escuchadme,
dichosos los que guardan mis caminos.
Escuchad la instrucción y haceos sabios,
no la despreciéis.
Dichoso el hombre que me escucha
velando ante mi puerta cada día,

guardando las jambas de mi entrada.
Porque el que me halla, ha hallado la vida,
ha logrado el favor de Yahvé.
Pero el que me ofende, hace daño a su alma;
todos los que me odian aman la muerte”.

Un don del Espíritu

También los antiguos vieron en el espíritu de sabiduría un don del Espíritu de Yahvé que caracterizaría al Mesías (Is. 11, 2).

Este don, que después fue estudiado como el primero de los dones del Espíritu Santo, posibilita “saborear” las cosas de Dios, y juzgarlo todo, a partir no solamente del conocimiento intelectual de Dios, sino de una relación experimental y amorosa con El.

Conocer el misterio divino produce un gusto especial. Es sabroso, tiene un buen gusto estudiar la Palabra divina, aficionarse por ella, experimentarla y vivirla. Eso es lo que significa la palabra “sabiduría”. Santo Tomás de Aquino, cuando la describe, habla de “un saber sabroso” (1 Q. 43 A. 5, Ad 2).

El hombre queda como embelezado al contemplar el abismo de la Sabiduría Divina. “Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la

ciencia de Dios", exclama Pablo (Rom. 11, 33); en el Misterio de Dios están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2, 3), y Dios los hace conocer por medio del Espíritu (1 Cor. 2, 10).

Un carisma de enseñanza

En la primera carta de san Pablo a los Corintios, al enumerar los carismas concedidos a la Iglesia, se menciona en primer lugar, y por lo tanto con subrayada importancia, la Palabra de Sabiduría (1 Cor. 12, 8).

Precisar exactamente en qué consiste este carisma no es fácil. Algunos lo identifican con el don de la sabiduría, a que acabamos de aludir, pero la mayoría de los exégetas piensan que la Palabra de Sabiduría es el carisma que permite expresarse con facilidad acerca de las verdades de la fe, y enseñarlas a quienes deseen instruirse en ellas.

Los dones de Dios son para beneficio de la Iglesia. Es posible que el conocimiento de los misterios divinos aproveche sólo a quien lo tiene, pero normalmente habrá de servir a toda la comunidad, mediante una enseñanza correcta y pedagógica.

La Palabra de Sabiduría asegura la formación de los cristianos ya avanzados.

La palabra, fruto de la acción del Espíritu, es la que posibilita la correcta presentación de la enseñanza teológica, de la catequesis avanzada, de los cursos de crecimiento.

Hablando de los carismas, en el Concilio Vaticano II, el cardenal Suenens se expresó así: “¿Qué sería de nuestra Iglesia sin el carisma de los doctores o teólogos?... ¿Acaso no conocemos todos, cada uno en su diócesis, laicos, hombres o mujeres, verdaderamente llamados por Dios y ordenados con varios carismas del Espíritu en la catequesis y en trabajos de evangelización?”.

Sería, pues, la palabra de sabiduría un carisma de enseñanza para cristianos maduros, que han pasado por las primeras etapas de conocimiento, a quienes se llamaba antiguamente “perfectos” (1 Cor. 1, 20; Col. 1, 28; 4, 12; Fil. 3, 15; Heb. 5, 11-6, 8). Así dice san Pablo:

“Hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo, ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde

antes de los siglos para gloria nuestra” (1 Cor. 2, 6-7).

Este carisma caracterizaría los ministerios de la enseñanza y exhortación de que habla la carta a los romanos (12, 7-8).

Las cartas de san Pablo fueron escritas con sabiduría. El apóstol enseñó el misterio de Dios a las comunidades que fundó y a toda la Iglesia, según la sabiduría que le fue otorgada (2 Pe. 3, 15). Con razón, pues, el apóstol podía invitar a sus discípulos a que se exhortasen e instruyesen con toda sabiduría (Col. 3, 16).

Responder sabiamente

El don de Dios, manifestado con palabras de Sabiduría, permite también responder sabiamente cuando se presentan preguntas difíciles.

Este carisma fue muy notorio en Jesús, por ejemplo: en las tentaciones del desierto (Lc. 4, 1-12), cuando le preguntaron por la autoridad con que actuaba (Mt. 21, 23-27), en el incidente sobre la obligación de pagar tributos (Lc. 20, 20-26), o sobre el levirato y la resurrección, (Lc. 20, 27-40), o sobre el primer mandamiento de la ley (Mt. 22, 34-36), o sobre la permisión de curar en día sábado (Lc. 13, 16; 14, 5), o

cuando sus enemigos le interrogaban si debían apedrear o no a una mujer sorprendida en adulterio (Jn. 8, 1-11).

Fue el carisma que manifestó el Señor cuando se extravió en el templo, y dejó maravillados a los maestros, por su inteligencia y sus respuestas (Lc. 2, 46-47).

Jesús prometió esa sabiduría como don del Espíritu Santo, para que respondieran sus discípulos en los tribunales, testimoniando acerca de la fe (Mt. 10, 19; Mc. 13, 11; Lc. 12, 11-12). El caso de Esteban ilustra cómo el Espíritu de Dios dio al protomártir una sabiduría a que no podían resistir sus enemigos (Hech, 6, 10). Lo que Jesús había prometido, alcanzó en el discípulo su realización (Lc. 21, 15).

A lo largo de los años los santos han demostrado tener sabiduría en los momentos difíciles, como Juana de Arco ante los jueces que querían perderla. Le preguntaron si estaba en gracia de Dios o no. Pensando ellos que si respondía afirmativamente podrían condenarla por presuntuosa y si lo hacía de modo negativo, la condenarían por pecadora. Pero ella sólo replicó: “si no lo estoy, El me la otorgue, y si lo estoy, El me la conserve”.

Otra modalidad de la expresión sabia la encontramos en los refranes y en los dichos populares, que aparecen en los libros sapienciales del Antiguo Testamento, y sobre todo en los Proverbios, la Sabiduría, el Eclesiástico y el Eclesiastés. De ellos puede decirse con toda razón que contienen la voz del pueblo que es la voz de Dios.

Actuar acertadamente

Hay quienes juzgan que el carisma de la Sabiduría se refiere más bien al aconsejar para la acción, que en circunstancias concretas deben realizar los creyentes. La palabra sabia sería una antorcha para los pasos del caminante, una luz en su sendero.

Ese carisma lo usó Jesús al llamar a sus discípulos, aconsejándoles dejar cuanto poseyeran por amor a El; los apóstoles discernían con sabiduría la conducta que deberían seguir las primeras comunidades (Hech. 15, 28), también Esteban tenía ese carisma en modo eminente, lo mismo que sus seis compañeros (Hech. 6, 3-10), y Pablo se valía de él para aconsejar y enseñar a todos, de modo que pudiera presentar discípulos perfectos ante Cristo (Col. 1, 28).

Como una expresión de ese carisma consideré la palabra que leí una vez en la Biblia, y que me ayudó a tomar una decisión. Acababa de morir mi padre y yo dudaba si debía cumplir un compromiso de predicar, o si me excusaba de hacerlo. Después de orar abrí las Sagradas Escrituras, y hallé el pasaje del discípulo que pide autorización a Jesús para enterrar a su padre antes de comprometerse a seguirlo, y el Señor le responde: “Deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú vete a predicar el evangelio”.

Cómo se adquiere la sabiduría

El hombre siempre ha deseado ser sabio. Desde el paraíso, cuando juzgó que uno de los árboles daba fruto “bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría” (Gén. 3, 6).

Desde entonces ha habido siempre una sabiduría humana, que a veces se vuelve astucia que engaña (Lc. 16, 8), a veces soberbia, hinchada y ufana, pero desconocedora de los designios de Dios (Rom. 1, 22; 12, 16; 1 Cor. 1, 19-22; 3, 18-20; Sant. 3, 13-18).

Pero la sabiduría que viene de Dios, ésa que da una visión profunda del misterio de la fe y

de la realidad que vivimos, la que ayuda a saborear la verdad, la que permite compartir con los demás las gracias recibidas, la que posibilita andar en el amor y guiar a los demás a partir de la propia experiencia, ésa se adquiere por un obsequio amoroso que el Señor puede hacernos.

Dios revela sus misterios a los humildes, de modo que los sabios de este mundo queden desconcertados (Mc. 6, 2; 13, 1-4; Lc. 10, 21).

Por eso podemos suplicar a Dios nos enriquezca con su sabiduría. El la puede hacer desbordar sobre nosotros (Ef. 1, 8).

“El Padre os dé espíritu de Sabiduría y Revelación”, enseña el apóstol Pablo (Ef. 1, 17), y Santiago recomienda:

“Si alguno de vosotros carece de sabiduría, que la pida a Dios, que da a todos generosamente y sin echarlo en cara, y se la dará” (Sant. 1,5).

Y en la carta a los Colosenses, Pablo enseña: “No dejamos de rogar por vosotros... y de pedir que llegéis al pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual para que viváis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, produciendo fruto en toda clase de obras buenas, y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col. 1, 9-10).

Quien no tiene sabiduría que aspire a ella y la suplique (1 Cor. 12, 31), quien ya la ha recibido que pida crecer en ella (Lc. 2, 10-52), que anhele experimentarla en el conocer y en actuar, con el gozo de los sencillos y que todo cristiano pueda decir, como el Mesías: “sobre mí reposa el Espíritu de Sabiduría” (Is. 11, 2).

CARISMA DE CIENCIA

Un don de conocimiento

En septiembre de 1978 participaba en una Asamblea de Oración, en Buenos Aires, cuando en medio de la alabanza el P. Darío Betancourt tuvo una "palabra de Conocimiento". El afirmó que en la asamblea se encontraba una pareja de casados que deseaban infructuosamente desde hacía cuatro años tener un hijo, y vaticinó que diez meses más tarde estarían con mucho gozo celebrando el bautismo de su primogénito.

Un año después, en la edición de Fuego correspondiente al mes de septiembre de 1979, se publicó el testimonio que daba la familia Meroño, en el que participaba a todos sus amigos el nacimiento de su hijo Esteban.

Manifestaciones similares a la anterior no son desconocidas en los Grupos Carismáticos, de modo especial en la oración de sanación. Es frecuente, por ejemplo, escuchar al P. Emiliano Tardif cuando, después de orar por los enfermos, declara: "El Señor está curando a un en-

fermo de cáncer, a un alcohólico, a un paralítico". En ocasiones la palabra de conocimiento identifica con detalles singulares a las personas curadas.

A menudo después los que estaban enfermos testifican que efectivamente han recibido la salud, y que la palabra expresada fue verdadera.

A este carisma unos le denominan "palabra de ciencia", según las traducciones más conocidas del texto bíblico, y otros "palabra de conocimiento". En el Nuevo Testamento encontramos manifestaciones carismáticas similares, como cuando Jesús conoce la muerte de Lázaro (Jn. 11, 2-16), cuando Ananías es informado acerca de Saulo (Hech. 9, 11-16), o cuando Pablo predice la mala navegación que les sobrevendrá (Hech. 27, 10, 11).

Preguntados, quienes han recibido del Señor esta gracia de modo más notorio, acerca de cómo perciben lo que dicen, responden manifestando que el Señor actúa en ellos de diferente manera. Algunos expresan que les van viniendo palabras, una tras otra, de modo similar a la recepción de los mensajes en telex, sin que antes de hablar conozcan lo que van a decir. Otros afirman que sienten dolor o escozor en alguna

parte del cuerpo, y que al expresar que el Señor está sanando a alguien en el mismo miembro que a ellos les duele, la sensación dolorosa desaparece de inmediato, para reaparecer en otro lugar del organismo, si es que sucede otra curación.

“Explíqueme cómo le llegan esas palabras”, pedía una vez el cardenal Suenens al padre Tardif. “Del mismo modo que cuando uno está orando y le llegan distracciones”, fue la respuesta del sacerdote.

Esta manera de conocer ¿será estrictamente un carisma o sólo un conocimiento parasicológico? Todavía no tenemos una cabal respuesta. El padre Carlos Aldunate, en su folleto “Carismas, Ciencia y Espíritu”, relaciona “la palabra de ciencia”, así entendida, con los fenómenos de retrocognición, simulcognición y precognición, es decir, con el conocimiento de sucesos pasados, presentes o futuros. Las teorías parasicológicas no pueden decir si en estos modos de captar lo que sucede se excluye o no la acción divina, pero en muchos casos el discernimiento nos revela que son iluminación de Dios.

Es posible que el Señor haya dotado a los hombres de más bendiciones de lo que pensa-

mos, o que en las predisposiciones naturales se injerten los dones carismáticos.

De todos modos “el ser humano no puede descubrir todas las obras de Dios... Por más que se afane en buscar, nada descubre, y el mismo sabio, aunque diga saberlo, no es capaz de descubrirlo” (Ecl. 8, 17).

Algunos opinan que esta manera de conocer lo que sucede es un carisma y que se debe ejercitar siempre que se reciba, pues su práctica puede llevar a la alabanza, o a un crecimiento en la fe. Otros opinan que es preferible ser muy discretos al respecto, y para justificar su parecer dicen que puede causar extrañeza y curiosidad. Por mi parte opino que cuando la he visto bien utilizada, produce mucho bien espiritual.

Los secretos del corazón.

El evangelio de Juan nos dice que Jesús “no tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues El conocía lo que hay en el hombre” (2, 25).

Con frecuencia los evangelios nos presentan a Jesús descubriendo las intenciones secretas y la malicia de sus enemigos, a pesar de la hipocresía con que se acercaban a tentarle (Lc. 5,

22; 11, 17; Mt. 9, 4; 12, 25). O también sus buenas disposiciones: Así conoció Jesús quién era Natanael, quién era la mujer Samaritana y quién era Judas, (Jn. 1, 47; 4, 16-18; 6, 61-70).

Este develar los secretos de los corazones ha sido frecuente en la vida de los santos, y se presenta también en algunos ambientes de la Renovación Carismática.

En la biografía de san Juan María de Vianney, curá de Ars, se cuenta que una vez se acercó a una mujer y le dijo: “no sufra, que entre el puente y el río está el abismo de la misericordia de Dios”. La mujer lo miró con lágrimas de alegría. Precisamente estaba ahí para preguntar al santo acerca de su esposo que se había suicidado poco antes.

En otra oportunidad el Santo fue más duro. Una señora le importunaba, diciendo: “padre mío, me siento dichosa de verlo ¡Me conozco muy poco y me han hablado mucho de su clarividencia!”

“Señora, puede usted sentirse feliz de no conocerse, si sólo se conociera la mitad, no podría usted soportarse”.

En la vida de san Gerardo Mayela se narran más de veinte casos en que el santo ayudó a la

conversión de pecadores, recordándoles sus pecados ocultos.

Lo que esta gracia pretende no es violar la privacidad o alimentar la curiosidad, sino mover el arrepentimiento y dar la sanación. En la Biblia leemos cómo Natán descubre el pecado de David.

Este carisma de conocimiento, así entendido, sirve también ampliamente en la sanación interior. El Señor puede poner en la mente o en los labios de quien ora la palabra precisa que revele la causa de un mal, o que indique cómo se debe orientar la petición.

En mayo de 1981, viajó a Tierra Santa el P. Jorge Bravo, acompañado de algunos servidores de la Renovación. Estaban en Jerusalén, cuando el P. Jorge dijo: “pidamos al Señor por una persona que fue herida interiormente un día de Navidad”. Entonces uno de los presentes empezó a llorar; muchos años atrás su padre se había suicidado, precisamente en la fiesta de Navidad, y esa pena, que nadie del grupo conocía, maltrataba el corazón de ese hermano.

Muchas veces, en los grupos, las personas dicen: esa palabra fue para mí. Quien la dijo no pensaba en conocer ni en revelar nada oculto,

pero quien la escuchó se benefició con ella. Fue su carisma. Le permitió reconocer sus necesidades.

Un don de enseñanza

Este carisma de conocimiento puede relacionarse también con la comprensión y la enseñanza de los rudimentos de la fe. Este es básicamente el sentido que le da Pablo en sus cartas.

El entendimiento de los misterios divinos, es una gracia de Dios aunque sea en un nivel elemental y básico. Pablo dice poseer la mente de Cristo (1 Cor. 2, 16).

Esta es una gracia del Señor Jesús, comunicada a sus discípulos o a los niños y sencillos, como dice Jesús (Lc. 10, 21; Mt. 16, 17).

También se puede referir este carisma a la enseñanza, a la transmisión pedagógica de los misterios divinos, en un plano elemental; eso sería poder comunicar los rudimentos de la fe, la enseñanza básica acerca de Cristo (Heb. 6, 1). Jesús mismo tuvo ese carisma al dar su enseñanza, usando las más bellas comparaciones, alegorías y parábolas evangélicas.

Un hombre que ha sido notable en el ejercicio de este carisma fue el papa Juan Pablo I, en

sus catequesis, y en sus famosas cartas a los “ilustrísimos señores”.

Este carisma informaría el ministerio del evangelizador y del catequista, y les ayudaría a seleccionar los temas, a escoger las palabras e imágenes, a mantener una tónica de amenidad y sencillez de modo que todos entiendan.

Ciencia y sabiduría para conocer y dar a conocer en diferentes grados el misterio de Dios, son dos carismas que aparecen con frecuencia unidos en los textos bíblicos, y que no siempre son fáciles de distinguir: En Isaías leemos que Ciencia y Sabiduría son dos de los dones que el Espíritu de Dios dio al Mesías (Is. 11, 2), y que “la riqueza que salva son la sabiduría y la ciencia” (Is. 33, 6; 40, 14; 47, 10). “Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios”, dice Pablo (Rom. 11, 33). El mismo apóstol en su lista de carismas enseña que Dios da “a uno palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia” (1 Cor. 12, 8).

El conocimiento de Dios, así sea elemental, debe ser por los humildes caminos del evangelio, porque la ciencia sin humildad hace engreídos (1 Cor. 2, 1s). Además la ciencia de Dios debe llevar al amor, pues aunque se conozcan to-

dos los misterios y toda la ciencia, si no se tiene el amor, de nada sirve (1 Cor. 13, 2).

Este conocimiento sencillo del Señor debemos buscarlo. Es un carisma, y de los primeros. Por él hemos de apasionarnos (1 Cor. 12, 31).

Para tener un conocimiento humilde y amoroso, se necesita orar a Dios que se manifieste. Un teólogo no es ante todo quien lee mucho acerca de Dios, sino quien habla con El, escucha su palabra y vive de acuerdo al querer divino. Porque sólo conoce a Dios quien obedece su ley (2 Ped. 1, 5-11).

Nuestra oración debe suplicar al Señor nos posibilite conocerlo; que El nos otorgue ese carisma, que El nos envíe al Espíritu Santo, Maestro interior que enseña todas las cosas (Jn. 14, 26).

Como carisma, la ciencia ha de ponerse al servicio de todos con plena generosidad. Es para el crecimiento de la comunidad. Pablo pedía a sus discípulos que orasen por él a fin de que pudiese exponer el misterio del evangelio abiertamente (Ef. 6, 19; Col. 4, 3-4). Este es un ejemplo que podemos imitar.

En ese conocimiento de Dios se puede crecer (Col. 1, 9-10) y el modo mejor de lograrlo es

practicarlo: comprometerse en el estudio del misterio divino y en la enseñanza, prepararse con humildad, no engreirse del conocimiento adquirido sino suspirar por conocer a Dios más y más, y rogarle que sea El quien se manifieste a nuestra mente, y quien nos use para dar a conocer su nombre a los demás.

LOS CARISMAS DE REVELACION

Algunos llaman así a los tres carismas con que Dios ilumina al cristiano con un conocimiento nuevo: la palabra de ciencia comunica una información; la palabra de sabiduría indica una conducta, un camino para proceder; el discernimiento de espíritu revela el origen de una energía que está actuando en una persona: si viene de Dios, del demonio o de la naturaleza humana.

A primera vista parece que el carisma de discernimiento pudiera reducirse a la palabra de ciencia, pero no es así. La ciencia es información para el entendimiento; mientras que el discernimiento es casi un sentido de tacto o de olfato para descubrir la naturaleza de la fuerza que está actuando.

Si miramos los dones del Espíritu Santo, que son gracias de receptividad a la acción de Dios, la palabra de ciencia correspondería al don de inteligencia, la palabra de sabiduría correspondería al don de consejo y el discernimiento de espíri-

tus correspondería al don de sabiduría. En efecto, es propio de la sabiduría poder valorar las cosas. Cuando se trata de valorar una conducta futura, viene a coincidir con el consejo; pero cuando se aprecia o valoriza la naturaleza de una inspiración, la sabiduría prepara el camino para el carisma de discernimiento.

Las virtudes, los dones, los carismas se combinan y ayudan. Tomemos, por ejemplo, la línea de la información.

Conocer los hechos, entender sus relaciones podría ser un enriquecimiento puramente natural en un hombre inteligente. De hecho, un cristiano es más que un hombre inteligente: es un hijo de Dios, está incorporado en Cristo, desde el bautismo es templo del Espíritu Santo. De allí que está siempre gozando de la gracia que es acción de Dios en él. Si estudia, aprende, descubre, recibe información, toda esa riqueza adquirida está elevada por Dios al plano de lo sobrenatural donde las energías divinas se juntan con las humanas, y entonces hablamos de "virtudes".

Los *siete dones* del Espíritu Santo son transformación del hombre que lo hace especialmente receptivo a las luces y fuerzas de Dios. Estos

“dones espirituales” nos dan especial docilidad al Espíritu Santo. Por eso los dones espirituales son “superiores” a las virtudes, en el sentido que suponen una persona más entregada a Dios.

Recordemos de paso (pero esto es muy fundamental) que “gracias”, “virtudes”, “dones”, “carismas” no son cosas sino acción amorosa de Dios en nosotros, acción gratuita, iniciativa de él. Siempre tienen un aspecto de invitación delicada, porque Dios respeta y quiere hacer crecer en nosotros nuestra libertad. Cuando decimos nuestro “sí”, la acción de Dios en nosotros es iluminadora y fortalecedora. (Recordemos Flp. 2, 13; Jn. 15, 4-5).

Los siete dones no son sino una acción más intensa y constante (por decirlo así) del Espíritu Santo en nosotros, que nos hace más semejantes a Jesús, y a María, en la facilidad y plenitud de nuestra respuesta a las invitaciones de Dios.

Los carismas (o dones carismáticos) son acción de Dios en nosotros y a través de nosotros en favor de nuestros hermanos y de la comunidad. Siempre son “en provecho” de otro (1 Cor. 12, 7).

Volviendo a nuestro ejemplo, la capacidad de conocer queda aumentada de muchas maneras por el Espíritu de conocimiento y de inteligencia (dones espirituales). Y cuando pedimos a Dios sus luces para poder ayudar mejor a nuestros hermanos, él nos dará frecuentemente, no siempre, informaciones muy precisas (carisma que se llama “palabra de ciencia”).

De manera semejante, nos dará una “palabra de sabiduría” cuando le preguntamos: ¿Qué hacer? Nos dará una percepción directa de la naturaleza del origen, cuando le preguntamos: ¿Señor, esta inspiración, o esta profecía, viene de ti, o de un mal espíritu, o de mi propia naturaleza tan llena de impulsos y reacciones imperfectas?

Virtudes y carismas

Aunque en las virtudes tenemos la acción auxiliadora de Dios, siempre sigue actuando el hombre con sus métodos y esfuerzo humano.

Si quiere descubrir la voluntad de Dios sobre el camino a que Dios lo invita en la vida, este hombre procurará retirarse, reflexionar, orar, guiarse por normas de prudencia cristiana, pedir

consejo de personas de confianza. Dios premiará esa fidelidad en buscar su voluntad.

Pero si Dios da una “palabra de sabiduría” que es un carisma, se disipa toda duda. Es una revelación de la voluntad de Dios sobre ese hombre; una inspiración clara que no necesita reflexión. Es una acción “inmediata” (es decir, sin intermediario, sin trabajo humano) del “Creador con la creatura” (S. Ignacio 15).

Caminos prohibidos

Leemos en los Hechos de los Apóstoles: “Aconteció que mientras íbamos a la oración, nos salió al encuentro una muchacha que tenía espíritu de adivinación... Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, daba voces diciendo: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo y les anuncian a ustedes la vía de salvación... Pablo se volvió y dijo al espíritu de adivinación: Te mando en el nombre de Jesucristo, que salgas de ella. Y salió en aquella misma hora” (Hech. 16, 16-18).

Este acontecimiento de la vida de san Pablo, tiene para nosotros varias enseñanzas.

1. La niña decía la verdad, pero Pablo sintió por el carisma de discernimiento, que el mensaje no venía de Dios.

2. El espíritu de adivinación era un espíritu malo o simplemente una capacidad natural de clarividencia. Pero, Pablo tuvo una palabra de sabiduría que le inspiró intervenir porque no era voluntad de Dios que ese mensaje, aunque verídico, se diera por adivinación.

3. Hay caminos normales para llegar a la verdad; y aun en el uso de estos caminos debemos buscar la voluntad de Dios, para saber si él quiere que ocupemos nuestras fuerzas y nuestro tiempo en esa búsqueda concreta. Pero hay también caminos prohibidos, es decir, medios que Dios no quiere que usemos.

En cuanto a la manera de investigar, Dios prohíbe el recurso a los espíritus (de difuntos, de demonios, etc.) porque es el recurso a espíritus desconocidos o claramente malignos. Esto está fuera de los designios de Dios; es una gestión ilícita.

También está prohibida la astrología porque el influjo de los astros pertenece al mundo físico e, indirectamente, al mundo síquico inferior (tendencias). Cuando la astrología se usa para

regir nuestra conducta se está presionando para que el hombre se rija por leyes del mundo material. Dios, en cambio, llama al hombre a levantarse por encima de estos influjos y tendencias, liberándose de inclinaciones inferiores para acercarse cada vez más a la perfecta libertad de los hijos de Dios (Vea Gál. 4, 3.9; Col. 2, 8). El cristiano murió con Cristo a esos influjos (Col. 2, 20).

Apertura a los carismas de revelación

La apertura a los carismas consiste en una disponibilidad para ser usado por Dios para provecho de los demás.

Hay tres virtudes que nos colocan en esta disponibilidad

1) *Un amor grande* por los hermanos, el deseo de su bien, un olvido de la propia comodidad, la abnegación de servir a los demás.

2) *La fe o confianza en Dios*, en su amor, sabiduría y poder; la capacidad de entregar enteramente a Dios los problemas propios y ajenos.

3) *La docilidad* a las inspiraciones del Espíritu; la fidelidad en mantenernos atentos y aptos para ser instrumentos del Señor.

Como se ve, estas virtudes son tan fundamentales para nuestro seguimiento de Cristo, que todo buen cristiano debería ser un canal apto para que Dios actuara de forma carismática a través de él. ¿Por qué no sucede con más frecuencia?

Porque, para muchos, la confianza en Dios no se ha abierto en esta dimensión precisa de lo carismático. Creen que la era de los milagros y profecías terminó con los primeros siglos del cristianismo. No saben que hoy día toda clase de hombres, mujeres, jóvenes y aun niños están actuando en este campo. Es necesario saber que “Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos” (Heb. 13, 8) y quiere que nosotros seamos vehículos de su amor activo y sanador.

Por esto añadiremos una cuarta disposición de apertura:

4) *Estar atentos y detectar* las luces que nos da Dios cuando estamos en contacto con los demás, procurando su bien.

A veces será un presentimiento de la raíz del problema; otras veces, una comprensión fácil y profunda; otras, una imagen que nos ilumina, o unas palabras que decimos sin prever su importancia para el otro.

La experiencia nos enseñará cuánto quiere actuar Dios a través de nosotros y cómo necesitamos de su sabiduría para actuar en un campo tan delicado como es el bien espiritual de otro.

En nuestro deseo de servir a los hermanos en sus necesidades físicas, psicológicas y espirituales, quiere Dios que acudamos a él. Los carismas de revelación no se pueden pedir por mera curiosidad. Dios los dará siempre que estén en sus designios para el bien de sus hijos.

En nuestra vida diaria nos encontramos constantemente en situación de pedir luz al Señor, pedir sabiduría, pedir discernimiento. Sepamos que él quiere actuar en y a través de nosotros. Pedir su actuación es unimos a su amor Salvador para que continúe a través de nosotros su misión salvadora.

Terminemos con palabras del Concilio Vaticano II en su *Decreto sobre el Apostolado de los Laicos*: “Para practicar este apostolado, el Espíritu Santo da también a los fieles dones peculiares... Es la recepción de estos carismas... la que confiere a todo creyente el derecho y el deber de ejercitarlos para bien de la humanidad y edificación de la Iglesia...” (Ap. act. n. 3).

INDICE

Carisma de sabiduría por P. Diego Jaramillo	3
Carisma de ciencia por P. Diego Jaramillo . .	13
Los carismas de revelación	
por P. Carlos Aldunate	23

Colección

LUZ

1. *Temas de oración*, C. Aldunate y R. Valenzuela
2. *Caminos de salud*, C. Aldunate
3. *¿Es Dios tu Dios?*, José Antonio Sierra
4. *La Biblia fue escrita para ti*, P. Jonás Abib
5. *Carisma de Sabiduría y Ciencia*,
P. Diego Jaramillo y P. C. Aldunate